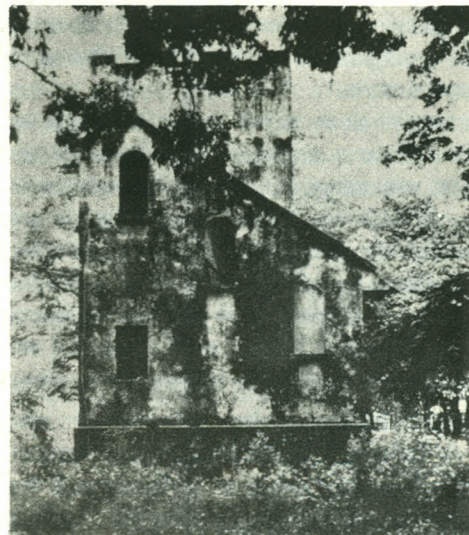
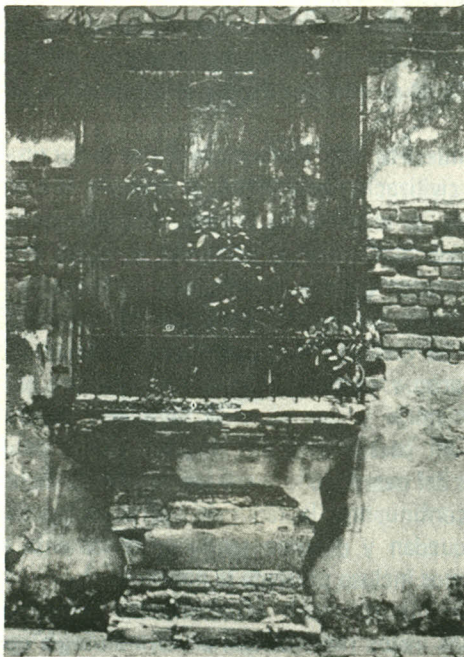


# LA ARQUITECTURA COMO MEMORIA

En el mundo contemporáneo en el que las cosas se valoran por su utilidad transeúnte y la memoria se transfiere a los computadores, existen todavía manifestaciones que conservan el poder de situar el pasado en el presente, el poder del recuerdo, del testimonio, de la presencia significativa. La arquitectura es una de ellas, la acompañan expresiones del arte y de la cultura, hechos de la inteligencia y de la sensibilidad que han trascendido los límites del tiempo y han llegado a ser intemporales.

La arquitectura, los espacios y edificios, tienen la propiedad de permanecer : años, decenios, siglos. Su construcción es en ocasiones tan sólida que puede resistir milenios. Las ciudades concentran esa propiedad y se constituyen en albergues de años, decenios, siglos y milenios transformados en espacios y edificios. Las paredes y los techos, los patios, las fachadas, las calles y las plazas, todos los hechos urbanos tienen un pasado anterior y un momento presente que solo se termina con su destrucción. Presente y presencia que significan estar ahí, estar ahora, no antes ni después. La ciudad es presencia y memoria a la vez.

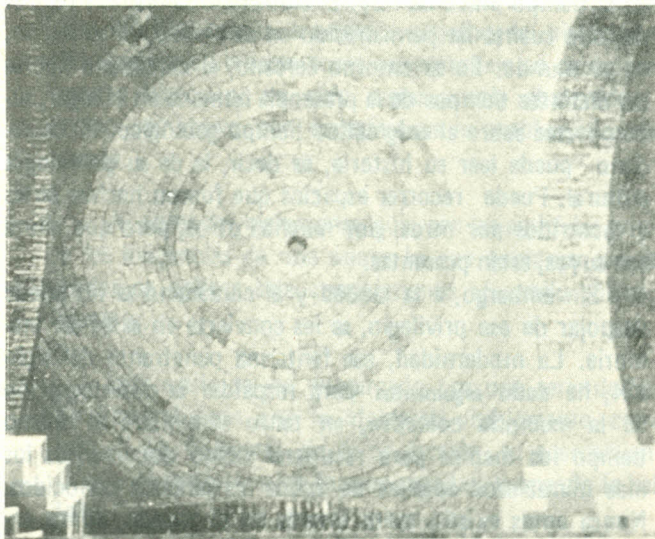


La relación entre el ciudadano y su arquitectura es y debe ser significativa. Aparte de la dimensión de cobijo, de albergue, existe una dimensión análoga a la de la memoria individual en esa relación: los tiempos del ayer se sitúan en el tiempo único de hoy. El ciudadano se dispone para sí de todo cuanto ha permanecido en su ciudad, en su región, en su mundo. En su entorno cercano, el ciudadano habita los distintos tiempos de la presencia humana en el lugar, superpuestos sobre el enigmático tiempo geológico. El ciudadano puede leer su historia, es decir, la de su genealogía cultural. Puede recorrer espacios que fueron hechos antes y recorridos por otros, por muchos otros, pero que ahora son suyos, están presentes.

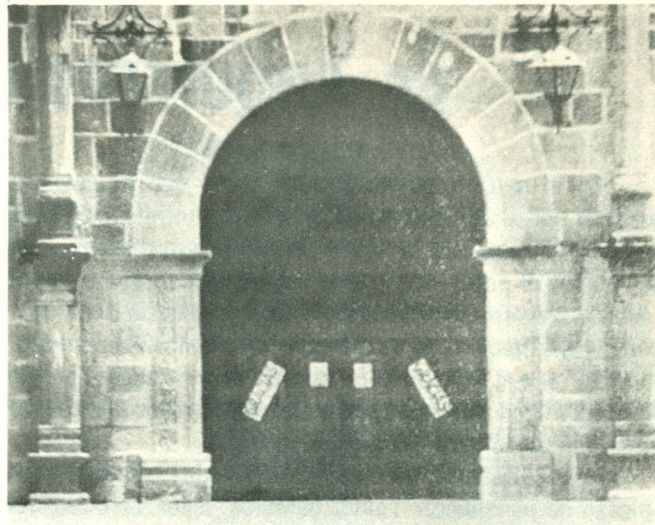
Sin embargo, a la ciudad y al ciudadano se les puede despojar de ese privilegio, se les convierte en seres sin memoria. La modernidad, ese fantasma penetrante del siglo XX, ha dado argumentos para respaldar la desintegración de la memoria colectiva, en tanto suministra al mismo tiempo los medios para recuperar como documentos los más minuciosos detalles de todos los pasados conocidos. Nunca antes existió tanto interés en el pasado, nunca antes se le destruyó en igual forma. Dentro del espíritu de la modernidad cabe la posibilidad de explotar de manera exhaustiva los recónditos senderos de los pasados humanos para convertirlos en documentación: memoria con-

gelada, ausencia descrita. Y se borran las presencias para dar paso a otras nuevas, a veces insensatas, carentes de tiempo, carentes de presencia. Parece que en el mundo actual hubiera mayor estimación hacia el documento y mayor desinterés hacia la vivencia. Como si la foto desvaída, el plano ajado, el dibujo precicista o las palabras pudiesen recuperar la experiencia prodigiosa de la vida del ciudadano que habita en su propia memoria.

Manos demoledoras han destruído buena parte del patrimonio urbano y arquitectónico de la humanidad. Los victoriosos casi siempre destruyen los recintos de los vencidos. Los de cada hoy borran los vestigios de cada ayer. La supervivencia de la arquitectura del pasado en el mundo contemporáneo es casi milagrosa, dada la proporción de lo desaparecido. El destino de la arquitectura que sobrevive es diverso: se le vuelve museo, se le restaura y embellece, se administra como recurso, se fosiliza. En la arquitectura del pasado se efectúan los ritos del presente: invasiones de hordas de turistas que mástican chicle, disparan sus instamatic y desaparecen, visitas de los estudiosos que registran los detalles del pasado con la esperanza de encontrar con qué llenar su vacío intelectual, estancia de los nostálgicos que suspirantes predicán que todo tiempo pasado fue mejor, miradas penetrantes de los que entienden esa presencia y articulan en su mente frases que nunca llegan a pronunciarse.



La reverencia por el pasado se transforma fácilmente en nostalgia o en arqueología despojada de toda emoción. La condición del turista o del estudioso — turista científica-



mente respaldado— es distante. Ninguno de ellos puede apropiarse de la memoria contenida en los lugares que recorre o que escudriña. Solo el habitante puede hacerlo, sólo él puede conocer los secretos de su entorno, aún sin contar con el equipaje del científico desconociendo muchas veces lo que dicen las guías de los turistas y los textos eruditos. El habitante tiene el poder de cotidianizar lo que le rodea y apropiárselo para su existencia. El visitante es siempre ajeno. El habitante es propietario y administrador de la historia de su lugar, el visitante es un merodeador que apenas puede esbozar en su conciencia los atisbos de esa memoria y puede sentir algo de envidia por cualquier habitante que sin hacer alarde de ello, es dueño y señor de su ciudad.

Ante nuestros ojos domesticados por la forzosa inmersión de la civilización occidental, se presenta la historia como una sola, su memoria es Europa, su presencia es los Estados Unidos. A Europa se peregrina en busca de esa memoria, a Estados Unidos se peregrina en busca de un presente: memoria avasallante, presencia dominante. De esta manera se ha olvidado la propia historia, desconociendo a su vez la propia memoria. Se ha olvidado que cada lugar tiene su historia y que en cada lugar hay memoria. La sabiduría del pasado está por doquier. Como ciudadanos despojados del pasado, añoramos las memorias de los otros, en tanto continuamos la tarea de borrar las pocas huellas que aún quedan y documentando precariamente ese despojo. Pedimos incluso prestada la nostalgia.

¿Acaso importa esto? ¿Qué importa almacenar en las ciudades los viejos recintos que en terminología comercial

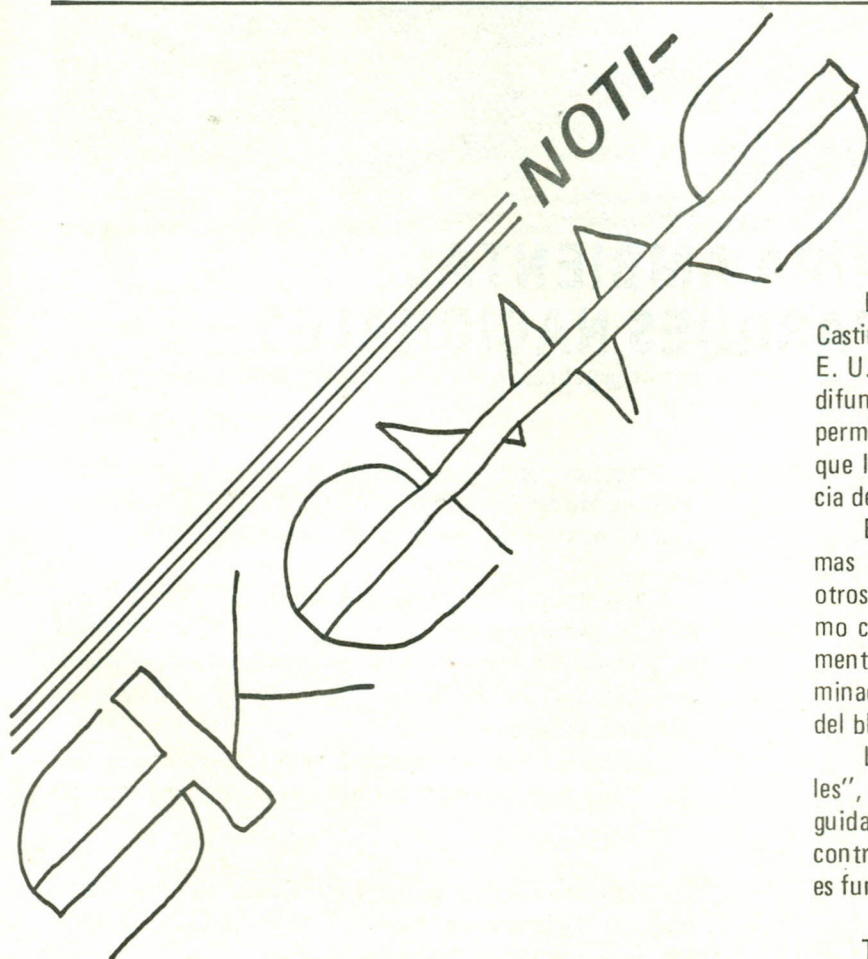
son calificados como obsoletos? ¿No es acaso el pasado un fardo que impide con su peso la libertad de movimientos? Sin memoria se puede andar más rápido. ¿A donde?

La memoria colectiva no es ni puede ser un objeto de consumo. El concepto equívoco de cimentar la conciencia del ciudadano con una historia remendada y adulterada por los intereses políticos y económicos no asegura ni siquiera un mínimo porcentaje de conservación y de enriquecimiento de esa memoria, la cual está en los hechos mismos de cultura y en los testimonios del pasado que poseen presencia. El ciudadano necesita aprender a convivir con su pasado en el presente, sin hacerlo museo, sin volverlo trofeo. De la misma manera que mira al futuro a través de las promesas gubernamentales y de las ofertas del mercado, debe tener en su poder los medios para referirse al pasado como patri-

monio activo de su existencia. No se trata de memorizar las imágenes estereotipadas de la historia de consumo sino de apropiarse la memoria colectiva para actuar dentro de la ciudad y con ella. Por esto, la ciudad y la arquitectura son óptimos recintos para habitar, para aprender.

En el mundo contemporáneo, en el que las cosas se valoran por su utilidad transeúnte, la memoria de la arquitectura contiene todavía el poder de afianzar la conciencia que una cultura y sus gentes tienen de sí mismas. El lenguaje aparentemente silencioso de los muros y techos, de los patios, las fachadas, las calles y las plazas es el lenguaje del tiempo que, como espacio, se brinda al ciudadano para que entienda que su presencia transitoria se encadena en una historia, la historia del lugar, que de ese encadenamiento emerge su más profunda identidad.

Arq. Alberto Saldarriaga



El sistema NEST - CASTING, desarrollado por Nest - Casting B. V. de Holanda que tiene patentes pendientes en E. U. y diez países europeos, es un nuevo sistema para pre-fundir elementos de concreto en el sitio de la obra que permite la producción de paneles más grandes y complejos que los hechos en la fábrica y además, elimina la dependencia de las grúas.

Elementos de paredes, pisos y techos, en diversas formas y dimensiones son fundidos derechos, unos contra otros, de manera que se forma un bloque de elementos. Como cada elemento sirve como cara de un molde para el elemento siguiente, la mitad del trabajo de darles forma es eliminado. Después de fraguados, los elementos se "despegan" del bloque y usados en la construcción.

Los primeros elementos llamados "formadores iniciales", son fundidos en un molde completo de dos lados. Seguidamente, sólo la mitad del molde es empleado, situado contra un elemento, dejando una cavidad dentro de la cual es fundido el elemento siguiente.

Tomado de "Mecánica Popular" Febrero 1986